

SÓCRATES,²⁶ drama sinfónico

[Leyendo]

I. RETRATO DE SÓCRATES

(EL BANQUETE)

ALCÍBADES: Ahora bien, mis queridos amigos,
para hacer el elogio de Sócrates
emplearé unos símiles:

él tal vez crea que lo hago por burlarme;
pero nada hay más serio.

Afirmo, en efecto, que es sumamente parecido
a esos silenos

que se exponen en el taller de los escultores,
y que modelan los artistas con una flauta o unos
caramillos en la mano,

en cuyo interior,
cuando se abren
y se separan las dos piezas que los componen,
se hallan estatuas de divinidades.

Y afirmo además que se parece al sátiro Marsias...

Y ¿no eres también tú flautista?

Sí, sin duda,

y mucho más asombroso que Marsias.

Él encantaba a los hombres
con las bellas melodías

que su boca extraía de los instrumentos,
y también fascina hoy cualquiera que entone sus
melodías;

en efecto, las que tocaba Olimpo,
sospecho que eran de Marsias, que se las enseñó.

Satie, Erik. (2006) 2011. *Cuadernos de un mamífero*. Ed. Ornella volta.
Barcelona: Acantilado.

La única diferencia, Sócrates,
que hay entre Marsias y tú,
es que tú, sin instrumentos,
sencillamente con palabras,
consigues el mismo efecto...
Yo al menos, amigos míos, si no fuera por el temor
de pareceros
totalmente borracho,
os daría testimonio bajo juramento del efecto
extraordinario
que sus palabras me han causado
y me causan todavía.
Al escucharle, siento
mi corazón palpitar con más fuerza que si tuviera
la manía danzante de los coribantes;
sus palabras me hacen derramar lágrimas, y veo
que gran cantidad de gente siente las mismas emociones.
Tales sensaciones despierta
en mí y en muchos otros la flauta de este sátiro...
SÓCRATES: Acabas de hacer mi elogio:
me toca ahora a mí hacer el del que está a mi derecha.

II. A ORILLAS DEL ILISO (FEDRO)

SÓCRATES: Desviémonos un poco del camino
y, si te apetece, sigamos
el curso del Iliso: allí
encontraremos algún lugar solitario para sentarnos
donde te parezca.
FEDRO: Me alegro,
en verdad,
de haber salido hoy sin zapatos, ya que es ésa
tu costumbre.
¿Qué nos impide descender por el agua
misma y mojarnos los pies mientras caminamos?
Es un auténtico placer, sobre todo en esta estación
y a esta hora del día.
SÓCRATES: Bien me parece.
Adelante entonces, y ve buscando un sitio donde
sentarnos.
FEDRO: ¿Ves ese plátano alto?
Pues allí hallaremos sombra, aire fresco y hierba
que nos sirva de asiento, o incluso de lecho,
si queremos.
SÓCRATES: Adelante, yo te sigo.
FEDRO: Dime, Sócrates, ¿no es por aquí, en algún lugar
a orillas del Iliso,
donde Bóreas raptó, según se dice,
a la joven Oritia?
SÓCRATES: Eso dicen.
FEDRO: ¿Podría haber sido en este mismo lugar?
Pues el agua es tan bella, tan clara y límpida
que unas jóvenes
no habrían hallado un sitio más apropiado para sus
juegos

SÓCRATES: Pero no es aquí, sino dos o tres estadios más abajo,

donde se atraviesa el río...

Hay incluso un altar consagrado a Bóreas...

FEDRO: No me había dado cuenta.

Pero dime, Sócrates,

¿crees que es cierto ese mito fabuloso?

SÓCRATES: Si yo dudase,

como los sabios,

no me sentiría demasiado confuso;

podría andarme con sutilezas y decir

que el viento del norte

la precipitó contra unas rocas cercanas

mientras jugaba con Farmacea,

y que tal muerte dio lugar a la creencia

de que la había raptado Bóreas;

o bien podría decir que cayó del peñasco del Areópago,

pues es allí donde muchos sitúan la escena...

Pero, a todo esto, ¿no es ése el árbol al que me llevabas?

FEDRO: El mismo.

SÓCRATES: Por Juno,

¡qué lugar tan encantador para reposar!

¡Qué plátano tan alto!

Y este agnocasto cuyas ramas enlazadas

forman una hermosa sombra,

¿no se diría que está en plena floración para perfumar el aire?

Además, ¿acaso hay algo más bello

que las fuentes que brotan bajo el plátano,

y cuyo frescor atestiguan nuestros pies?

Este lugar parece consagrado

a alguna ninfa y al río Aqueloo,

a juzgar por estas figuras y estatuas.

Disfruta del aire

que aquí se respira:

¿Hay algo más suave y delicioso?

Su claro silbido veraniego acompaña

al coro de las cigarras.

Pero sobre todo me gusta la hierba tupida de este

prado, cuya ligera pendiente nos permite

echarnos y reposar cómodamente la cabeza.

Querido Fedro, no podías haberme guiado mejor.

III. MUERTE DE SÓCRATES (FEDÓN)

FEDÓN: Desde la condena de Sócrates

no dejamos ni un solo día de ir a verle.

Como la plaza pública

donde se celebró el juicio

estaba cerca de la cárcel,

nos reuníamos allí por la mañana,

y esperábamos,

charlando entre nosotros, que abriesen

la cárcel, y eso no ocurría nunca

muy temprano...

El carcelero

que solía abrirnos

salió a nuestro encuentro, nos dijo que esperásemos,

y que no entráramos hasta que nos llamara él mismo...

Al cabo de un momento,

volvió y nos abrió.

en volver a abrirnos.

Entramos

y encontramos a Sócrates, a quien acababan de

desencadenar, y a Jantipa

(ya la conoces)
tras él, con uno de sus hijos en brazos...
Entonces Sócrates, incorporándose,
dobló la pierna que le acababan de soltar,
se la frotó con la mano y nos dijo:
«¡Qué extraña cosa, amigos míos,
es lo que los hombres llaman placer,
y qué sorprendentemente está unido
al dolor, al que se supone contrario!...
¿Acaso no es a través del gozo y el sufrimiento
como el cuerpo subyuga y encadena el alma...?
Difícilmente podría persuadir a los demás
de que no me parece una desgracia la situación en que
me hallo,
pues no sabría persuadiros de ello ni a vosotros...
Me consideraréis pues, al parecer, muy inferior a los cisnes
por lo que respecta a las dotes adivinatorias.
Los cisnes, cuando presienten que van a morir,
cantan aquel día todavía mejor
que lo han hecho jamás,
llenos de gozo porque van al encuentro del dios del que
son siervos.»

Si bien había yo admirado a Sócrates en diversas ocasiones,
nunca lo hice tanto como en aquella circunstancia...
Me hallaba sentado a su derecha, junto al lecho,
en un pequeño asiento,
y él estaba sentado más alto que yo.
Me pasó la mano por la cabeza y tomando
mis cabellos, que me caían sobre los hombros,
me dijo: «Mañana, oh Fedón,
harás que te corten estos hermosos cabellos, ¿verdad?»...
Se levantó y pasó a un cuarto vecino para lavarse.

Critón le siguió,
y Sócrates nos pidió que le esperásemos.
Cuando volvió a entrar, se sentó en el lecho y
no le quedó tiempo de decirnos gran cosa:
el siervo de los Once entró casi al mismo tiempo y,
acercándose a él,
le dijo: «Sócrates,
espero no tener que reprocharte lo mismo que a los
demás:
cuando les transmito la orden de los magistrados de
beber el veneno,
se vuelven contra mí, me maldicen;
pero a ti siempre te he considerado el más valiente,
el más tranquilo y el mejor de todos los que han venido
a esta cárcel, y ahora sé bien
que no estás enojado conmigo,
sino contra quienes son causantes de tu desgracia,
a los que tú conoces bien.
Ya sabes el recado que te traigo:
adiós,
trata de soportar con resignación
lo que es inevitable.»

Y, rompiendo a llorar, dio media vuelta y se retiró.
Sócrates, mirándolo, le dijo:
«Recibe tú también mi adiós:
haré lo que dices.»

Y, volviéndose a nosotros,
observó: «Notad
la honestidad que hay en ese hombre;
todo el tiempo que he pasado aquí
ha acudido a verme con frecuencia y ha charlado conmigo.
Era el mejor de los hombres; y ahora,
¡me llora tan de corazón!

Así que vamos, Critón, obedezcámosle de buena gana, que me traigan el veneno, si está triturado, y si no que lo triture él mismo...» Critón hizo una señal al esclavo que estaba a su lado. El esclavo salió y, tras demorarse un rato, regresó con el que debía darle el veneno, que traía triturado en una copa. Al verle, Sócrates le preguntó: «Muy bien, amigo; ¿qué debo hacer? Pues eres tú quien ha de decírmelo.» «Nada más», le dijo el hombre, «que pasearte cuando hayas bebido, hasta que sientas las piernas pesadas, y luego acostarte en tu lecho; el veneno actuará por sí solo.» Y al tiempo le tendió la copa... Sócrates se llevó la copa a los labios y la bebió con una tranquilidad y una suavidad maravillosa. Hasta ese momento, casi todos habíamos sido capaces de contener las lágrimas; pero al verle beber y después que hubo bebido, no fuimos ya dueños de ellas. También a mí, a pesar de todos mis esfuerzos, las lágrimas se me escaparon, tan abundantes que me cubrí con el manto para llorar por mí; ya que no era la desgracia de Sócrates la que lloraba, sino la mía, al pensar en el amigo que iba a perder... Entonces Sócrates, que estaba paseando, dijo que sentía las piernas más pesadas y se tumbó boca arriba, como había ordenado el hombre.

Al mismo tiempo, el mismo hombre que le diera el veneno, se aproximó y, tras examinar unos minutos sus pies y sus piernas, le aferró los pies con fuerza, y le preguntó si los sentía: él dijo que no. Le aferró entonces las piernas; y subiendo de este modo, nos mostró cómo su cuerpo se enfriaba y se volvía rígido. Tocándole, nos dijo que cuando el frío alcanzase el corazón, Sócrates nos dejaría... Entonces, descubriéndose el rostro, Sócrates dijo: «Critón, debemos un gallo a Asclepio; no olvides pagar esa deuda...» Poco después hizo un movimiento convulsivo, entonces el hombre le descubrió completamente: tenía la mirada inmóvil. Critón, al verlo, le cerró la boca y los ojos... Así fue, Equécrates, la muerte de nuestro amigo... del más sabio y el más justo de todos los hombres.